



La escalinata de la Catedral es marco impresionante del acto final de la procesión del Viernes Santo. Final edificante y religioso que termina con la bendición con el *Lignum Crucis* y el canto del Credo.

liza en su mente lo que dejó atrás, sacando de ello (como la abeja de la flor) la miel más gustosa y comfortable.

Desaparecieron *els sepulcres* (como tanta cosa buena murió en manos disolutas y despiadadas, en arrebatos de verdadera locura), pero no murieron los recuerdos... El recuerdo, por ejemplo, de aquel *Crist de la Sang*, de San Félix, colocado en la penumbra interior del muro norte de la colegiata, siempre con un par de cirios votivos ardiendo cabe sus pies morenos... Aquel Cristo de anatomía torturada y sangrante, con el rostro lívido sombreado por una cabellera humana, y los ojos caídos, y con una magnolia en los pies, o un ramo de claveles rojos, o un puñado de violetas del valle de San Daniel o, una mimosa ruborosa de amarillo... Mi madre me llevó muchas veces ante aquel Cristo impresionante, levantándome en sus brazos para que yo acertara a besarle las patinadas llagas de sus rodillas y, seguramente, pidiéndole siempre para mí lo que sólo saben pedir las madres...

También rememoro aquella capilla de la iglesia del Carmen, donde ponían *el sepulcre*: un sepulcro modesto, de oros apagados y vidrios relucientes; con un Cristo yacente sobre un rojo damasco (como un lirio cortado) y confiado a la custodia de cuatro hombres del pueblo (*els manaies de antaño*) quienes, con los ojos acostumbrados a las larguras de horizonte de San Daniel (la mayoría de los viejos *manaies* eran todos de allí), dando entidad a aquel dicho, entonces en boga:

*Manaies a granel, — don la terra de Sant Daniel.*

quienes, repito, os miraban con la dura mirada de quien frena el empuje de sus ojos... Eran muchachos fuertes, se veía; pero así estaban de corderos y sumisos, entorno la urna del Señor muerto. Inmóviles, solemnes, impuestos, con todo y que sus vestiduras no tenían prestancia, ni brillo, como lo tienen ahora los indumentos romanizados de los modernos, o del presente: brillosos, elegantes.

Y a propósito de *manaies*: ¿es que no ha llegado la hora de testimoniar una loa a *los de ayer*? “Murieron” sin pena ni gloria, como se suele decir; pero, el epitafio a su recuerdo no se ha escrito todavía, y bueno será que yo me ocupe ahora de ese menester justiciero.

Los que vamos para viejos (si es que la vejez es puro asunto de años, que yo no lo creo) recordamos aquellos *manaies* desaparecidos con una ilusión idéntica a la que tendrá un niño de hoy